

LA TRAPICISTA

FABIANA

Azul Cordo



Llegaron un sábado a golpearle la puerta. Bettina, María Elena, Ana Laura: trabajadoras de El Abrojo. Bettina Salas estaba con una panzota, tenía el pelo largo como ahora, sólo que en ese momento sería madre y ahora ya es abuela, como Fabiana,<sup>1</sup> a quien le tocó la puerta esa mañana.

Era 1999. Fabiana tenía 29 años y cuatro hijos de entre seis y 12 años. Vivían en Colón, un barrio montevideano al que habían sido trasladados desde el centro, luego de que asistentes sociales la vieran en la calle junto a su hermana, a los gurises de una y las gurisas de la otra, sosteniendo unos palos y empujando el nylon que era su techo para quitar el agua y arrojarla hacia la avenida Uruguay. Le dijeron que podían conseguir un terreno, pero ella quería vivir bajo un techo sólido, seguro, no construir. Tiempo después las trasladaron a unas viviendas en la zona de Conciliación, donde había otros desterrados de la Aduana y del centro.

En el nuevo barrio, por las nuevas calles, los hermanos andaban en la vuelta. Los más grandes a veces pedían dinero, buscaban comida: “estrategias de supervivencia”, según define el lenguaje técnico del trabajo social.

—Quizá soy muy teórica —se disculpa Bettina Salas por Whatsapp, mientras recuerda y define qué hacían los hijos de Fabiana por la calle. Salas coordinó el programa Repique de El Abrojo durante diez años en Colón.

## Era

Dura. Sola.

Cuenta que no los mandaba a pedir, mientras ceba un

---

1 Su apellido se omite para preservar su intimidad.

mate en la cocina de su casa en el centro, a metros del Palacio Peñarol, que queda cerca de todo, incluso de su trabajo en la Intendencia.

Mete la mano derecha entre el mantel de tela azul y la mesa, saca un cigarro. El primero de tres que encenderá durante nuestra charla de una hora.

—Tampoco es que estaban hasta tan tarde en la calle —dice Fabiana sobre sus hijos.

—Somos de Repique —dijeron.

—Salgan de acá. No quiero saber nada de ustedes —respondió. Pensaba que era otro grupo de asistentes sociales que venían a decirle qué tenía que hacer con su vida.

—La vinculación de Fabiana con el proyecto es ciertamente una de las más largas, por eso algunos la llaman a ella como una de las históricas de Repique y ella, a sí misma, se define como fundadora de la propuesta —dice Bettina, que insistió durante un año yendo a la casa de Fabiana hasta que logró ganarse su confianza, a fuerza de escucharla, sin prejuicios, intentando tomar decisiones y acciones concretas, de a poco, para disminuir tiempo de permanencia de los niños en la calle y aumentar el tiempo de permanencia en espacios que les correspondían por derecho: escuela, policlínica, recreación.

—Te comentaba lo difícil que fue generar una relación de confianza con Fabiana, por sus características...

—Les ponía tremenda cara de culo...

—...por su historia de vida, y porque de alguna manera nosotros íbamos desde ese lugar de “control” a “denunciarle la presencia de sus hijos en la calle” —reflexiona Bettina—. Era lógica su desconfianza y su rechazo. Desde un lugar de escucha y sin prejuicios logramos establecer la confianza necesaria para empezar a pensar acciones concretas junto con ella y, sumándole al trabajo socioeducativo, ayudas puramente asistenciales: tickets de alimentación, ayuda socio-económica

para mejorar el mobiliario en el hogar, etcétera.

El diagnóstico de pobreza y situaciones de fuerte exclusión social que padecían muchas familias, en especial lo más chicos, en Colón, había sido hecho en 1998 por El Abrojo, cuando pasaban por allí con el Bus que llevaba actividades lúdicas en espacios públicos. Desde el Programa Infancia de la Asociación Civil decidieron hacer una intervención territorial, en convenio con INAU, en 1999. Y ahí se fundó el proyecto Repique.

—Cuando comenzamos a trabajar en Colón, no teníamos un centro de referencia propio, nuestro laburo era en la calle, tomando la Plaza Vidiella como centro de encuentro con los gurises. Trabajábamos en la noche, desde el equipo contactábamos a esos gurises, generábamos un vínculo para aproximarnos, ver un poco cómo era la situación, preguntarles por qué estaban hasta tan tarde en la noche en la calle, y luego presentarnos ante sus familias, y poder pensar algunas acciones socioeducativas para disminuir esa estadía en calle —sigue Bettina—. Los niños vivían en un barrio que no les gustaba, sin acceso a servicios, ni redes como venían teniendo... Esa es una de las causales que detectamos por la cual los gurises recorrían esta zona comercial, como queriéndose salir de un lugar que no les era propio.

Haber logrado la confianza de Fabiana les abrió las puertas del barrio. Ella era una referente muy fuerte, sobre todo entre los más chicos. Les tenía mucho cariño. Muchos niños iban y se quedaban en su casa cuando estaban en momentos complicados con sus familias. Ella los invitaba a ser parte del proyecto, también a sus mamás.

Se comenzaron a implementar espacios de alfabetización y apoyo a las tareas escolares, en los hogares a cargo de una maestra y un educador referente, salidas, campamentos, encuentros de niños, niñas y adolescentes, derivaciones a clubes de Niños, a Centros juveniles, compartir talleres, meriendas, fútbol, teatro,

formar un grupo de madres para charlar sobre sus problemas.

Los recuerdos son hechos porque no hay fotografías. El registro es la palabra. Enunciados en los que se permite, por unos segundos, no sostener la mirada. Desvía sus ojos negros hacia la derecha, en un horizonte de memorias que van más allá de la heladera y el televisor que tiene enfrente, y proyecta el arbolito que decoraban todos cada diciembre, para las Fiestas, en la plaza de Colón. Los paseos a la playa, y luego pedir trabajo en la limpieza de esos balnearios para ella y sus hijos, al menos los meses de la temporada veraniega. La torta por los 10 años de Repique.

—Un día precioso pasamos.

Dice sin mirar. Baja el volumen de la tele.

2001-2002. La pasta. El fin de la inocencia. La cárcel.

El destino.

Su esfuerzo. Sus pedidos de ayuda. Sus denuncias. Su cansancio.

De a uno, sus hijos comenzarían a consumir pasta base, luego a delinquir, a degradarse, a perder.

—Y digo que capaz es el destino, capaz mis hijos fueron más frágiles, porque otros pasaron por situaciones así, vivieron en el mismo lugar, y no salieron chorros, vamos a decir así... Capaz se dieron cuenta o porque se fueron a tiempo del barrio.

Fabiana no solo iba a visitar a sus hijos la única vez por semana que se los dejaban ver en los centros Ser y Desafío de la Colonia Berro. También visitaba al Pollito, un nene que no tenía mamá ni papá, que vivía en su casa. Cuando vio al Chinito le dio mucha impresión: las torturas, el hambre, cómo los tenían ahí, dormían ahí, babeando. Llamó a Bettina y con su ayuda conoció los vericuetos del sistema judicial. Mantuvo reuniones en el Comité de los Derechos del Niño de Uruguay. Denunció. Tenía que tener cuidado con lo que decía en las visitas porque después eran sus hijos (propios y del corazón)

los que allí quedaban y recibían represalias. Pero no se iba a quedar callada.

—Gracias a Repique aprendí a ser mejor madre, a expresarme mejor. Capaz antes yo no les decía bien las cosas. También aprendí a decir que no. No es fácil ser madre. Claro, cuando tenés el primero, siendo chica, pensás que lo tenés y ya está, pero no.

Quiere enseñarle a Mía, su nieta, la luz de sus ojos, a que diga “no”. A que no tenga relaciones con el primero que le diga que lo haga para demostrarle su amor. Que si la quieren de verdad la van a esperar.

—En El Abrojo nunca me soltaron la mano. Siempre estuvieron ahí, incluso cuando (mis hijos) empezaron a caer de grandes.

El equipo de Repique también aprendió de ella:

—Fabiana nos enseñó, como grupo de profesionales en ese contexto tan complejo, a ir de a poco. Que las transformaciones no suceden de un momento para otro, a bajar nuestras ansiedades. Y también aprendimos junto a ella y a otras familias a no frustrarnos y a seguir peleándola, porque estábamos viviendo situaciones donde no había servicios adecuados para atenderlas —dice Salas—. Fabiana logró pensarse como mujer, como mamá en ese contexto. Poder cuidar de otra manera a sus grises... Ella en ningún momento los mandataba para que trajeran cosas para su supervivencia, pero sus hijos mayores sentían que era responsabilidad de ellos colaborar con la sobrevivencia diaria.

Es

El verdadero problema es la droga.

Si no se entrara droga a las cárceles, se terminan los líos adentro.

Perdió, fue privada de su libertad, dos veces. De la última

salió hace dos años, el tiempo que lleva trabajando para la Intendencia de Montevideo a través de un convenio que mantiene con la Dirección Nacional de Apoyo al Liberado (Dinali).

La última vez estuvo presa un año y tres meses. Las dos veces fue por microtráfico. En la última caída se prometió que no lo haría más porque no quería perderse nada. Le queda su madre y quiere estar a su lado hasta que muera. Su hermana murió el mismo día en que ella cayó presa. No se lo perdona.

—¿Sabés lo que es despedirte de tu hermana, verla muerta, solo diez minutos, engrilletada y rodeada de policías?

Ahí dijo: “Hasta acá”.

Y que los demás se arreglen.

—Yo siempre estuve en contra de la droga. Yo vendí droga porque no me quedaba otra. Tenía tres hijos presos a los que les tenía que llevar comida y ropa, y no me alcanzaba. Quería que estuvieran bien adentro. Y me dije: “Si ya la droga les arruinó la vida a mis hijos, los mataron, los mandaron en cana, ¿por qué no puedo hacer lo mismo con otros?”. Si no hubiera drogadictos, no hubiera droga. Ese era mi pensamiento. Con la droga se mueve mucha plata. Ahora aprendí que si ellos están presos no es mi culpa. No depende de mí. No me desespero como antes. Si no tengo para mandarles no les mando. Me costó mucho pensar eso, no sentir culpa.

Si tengo, tengo, si no tengo, no tengo. Si tengo que comer todos los días arroz, como todo los días arroz. Si tengo para comer milanesa, como milanesa, si hay para polenta, será polenta. Si solo tengo para tabaco, fumo tabaco. No me desespero.

La cocina está como en un escalón más abajo de la superficie del suelo. A nuestro lado pasan tres niños caminando por el pasillo, nietos que no son nietos. Que juegan en la vereda. Que saludan.

Afuera todavía hay sol. El de las cuatro de la tarde en



este invierno que se impone. Adentro no hay calefacción, sino sombras, techos altos y detalles: títeres antiguos que cuelgan de hilos casi invisibles. Marionetas que se apoyan contra los ladrillos grises, como los que se fabrican en el polo industrial del penal en Santiago Vázquez. Muñecos de ropa brillante, telas violetas y rojas, con expresiones pintadas.

Será

—¿*Qué te gusta hacer?*

—¿*Qué me hubiera gustado ser?*

—*Eso también podés contarme, pero te pregunté qué te gusta HA-CER.*

—*Qué me gusta... No sé. Me gusta ser abuela porque ahora puedo darle una enseñanza que no pude con mis hijos. Me hubiera gustado ser maestra jardinera, estudiar, ir a la Facultad y ser alguien... cosa que me quedó en el camino. Me hubiese gustado ser una trapecista de circo en verdad.*

